
VASCONCELOS ESOUZA, Bernardo
Os Pimentéis. Percursos de uma linhagem da nobreza medieval portuguesa
(séculas XIII-XIV)
Imprensa Nacional-Casa da Moeda
Lisboa, 2000, 358 pp.

El conocimiento de la casa y familia Pimentel, nobles portugueses convertidos después en Condes de Benavente, ha pasado, en sólo dos años, del casi absoluto desconocimiento a una "plétora editorial", no toda del mismo calibre, pero que garantiza una instalación firme en la trayectoria histórica de este linaje.

Las publicaciones del CEB *"Ledo del Pozo* en 1998 permitieron rescatar, luego de casi 20 años desde su lectura, la tesis doctoral de Isabel Beceiro: *El Condado de Benavente en el siglo XV*. Además el catálogo de la exposición, *Más vale volando*, y las aportaciones de Rafael González, José Ignacio Martín Benito y yo mismo sobre *El Castillo de Benavente y Pimentel. Fragmentos de una iconografía* sintetizaron aspectos si no inéditos apenas conocidos más que de forma clehilachada e inconexa.

La reciente edición de la excelente tesis doctoral de Bernardo Vasconcelos e Sonsa, *Os Pimentéis. Percursos de una linhagem da nobreza medieval portuguesa*, Lisboa 2000, viene a colmar no sólo un vacío historiográfico, sino la casi total ignorancia que sobre los Pimentel portugueses se tenía a este (y al otro) lado de la raya.

Estudio prosopográfico del linaje durante los siglos XIII-XIV, desde su ascensión social a su consagración como una de las familias más poderosas de Portugal a fines del trescientos, antes de su paso a Castilla en 1398. *"Estudo de caso"*, como señala J. Mattoso en el prefacio, particular, en la línea que el propio director de la tesis, Luis Krus y Leontina

Ventura venían realizando sobre la nobleza portuguesa de los siglos XI al XIII, pero siguiendo un proceso diferente.

Estudio sistemático, sí, desde el momento en que parte de un modelo de investigación, de esquemas globales de abordaje del material histórico, pero sin renunciar nunca a los factores microhistóricos, personales, que se conjugan con los primeros de forma imprevisible. Nada más alejado, pues, de los viejos centones genealogistas, rancios armoriales turiferarios; prosopografía de un linaje, al contrario, para entender la génesis y evolución de un grupo nobiliar concreto desde la perspectiva de los más recientes análisis económicos y sociales de la escuela de los *Annales*, pero ajeno asimismo de la frialdad estructural de modelos abstractos donde acaba perdiéndose el palpito de las gentes.

Arranca el libro con unos *Cimientos*, donde se establecen las bases metodológicas de lo que debe entenderse por nobleza durante aquellas centurias según criterios de la sociología y antropología contemporáneas. Estamento privilegiado mucho más abierto en su realidad social que en la propia autoconciencia que sobre sí misma poseía, la nobleza deriva directamente del poder del monarca que crea hidalgos, reconoce, asciende o hace precipitarse a ciertos individuos o linajes como de hecho ocurrió en la accidentada peripecia histórica de los Pimentel.

El ciclo histórico objeto del estudio arranca con Vasco Martins, de sobrenombre Pimentel, personaje obscuro y advenedizo que llegaría a ser merino mayor en los últimos años del reinado de Alfonso III y primeros de D. Dinis, y culmina con Joao Afonso Pimentel, señor de Braganza en el reinado de D. Fernando que, en la disputa dinástica de finales del siglo XIV, tomaría partido por Castilla siendo nombrado Conde de Benavente. Entre ambos extremos, Vasconcelos analiza la

evolución de la estirpe, de sus distintas ramas y miembros, sus éxitos y desgracias y las vías de afirmación personal o familiar en el seno de la nobleza.

Los materiales, realmente escasos para el fruto que nuestro autor ha sabido sacarles, son fundamentalmente algunos *livros velhos de Linhagens*, en especial el del conde D. Pedro, las *Crónicas* de Joao I y D. Fernando de Fernao Lopes, entre las fuentes narrativas; un prolijo corpus archivístico de carácter público y privado, muy disperso, que de alguna manera incluyen o mencionan a los Pimentel: donaciones, contratos, testamentos etc; y dos inscripciones funerarias de prohombres de la familia, sobre las que luego se abundará, importantes sobre todo desde el punto de vista simbólico.

Aparte, la documentación registrada en Castilla: colección Salazar y Castro de la Real Academia de Ja Historia y fondo Osuna del Archivo Histórico Nacional, materiales especialmente valiosos para la primera fase de permanencia de Jos Pimentel en Castilla.

La dificultad de Ja investigación se acentuaba, más si cabe, por la penuria de estudios sobre nuestro linaje en época medieval. Del lado portugués apenas algún trasnochado panegírico genealogista y ciertas referencias al papel de Joao Afonso Pimentel en el periodo de la crisis dinástica (M^a J. Ferro, J. Mattoso y H. Baquero); del lado castellano, un trabajo pionero de A. González Palencia en 1923 sobre las relaciones de los Condes de Benavente y Portugal y los más cercanos estudios sobre la nobleza tratábara de E. Mitre y J. Valdeón, felizmente culminados en la tesis e investigación posterior de I. Beceiro.

El capítulo I indaga sobre las raíces, la memoria y la reconstrucción del pasado de la familia. Los orígenes de los Pimentel se centran en la figura de Vasco Martins según el *Livro de Linhagens* del

Conde D. Pedro, hijo de D. Dinis, cuyo nobiliario sufrió una refundición en los años 1360-1365 donde se yuxtaponen dos versiones acerca del origen del linaje. La primitiva del Conde de Barcelos -que rezuma el desdén de la alta nobleza por un arribista de oscura procedencia-, fuertemente negativa para la estirpe de los Pimentel y el texto refundido que trataba de corregir esta imagen. Según la primera Vasco Martins Pimentel sería bastardo e hijo adulterino de Sancha Martins de Riba de Vizela y de un caballero de esa misma región (Entre Douro e Minho), Martim Fernandes de Novais, advenedizo que gracias a la especulación con el grano había mejorado su suerte y acabaría casándose con su amante. La segunda, en cambio, negaba la bastardía y por tanto el estigma pecaminoso de la descendencia, llegando Vasco Martins Pimentel, en la defensa de su honra, a enemistarse con el propio rey D. Dinis, del que era merino mayor, y exiliarse a Castilla donde luchó y murió al servicio de Alfonso X en 1283.

Esta reconstrucción del pasado en la principal compilación genealógica portuguesa se explica por la estrecha relación entre la familia Pereira, uno de los linajes más importantes del N de Portugal, y los Pimentel. Estrechos vínculos de parentesco que exigía de nuestra familia -por vía de los Riba de Vizela, que no de los Novais- la misma limpieza y calidad que la de los Pereira cuyo origen quería remontarse al mismísimo reino de Asturias.

Según parece Martim Fernandes de Novais, o Pimentel, fue el primero en recibir este sobrenombre. Padre de Vasco Martins, sería oriundo de Macinhata da Seixa, en el extremo S de la Terra de Santa María, y probablemente descendería de una de las ramas secundarias de los antiguos señores de Marnel, establecidos en aquella zona desde principios del siglo XI. De aquí marchó al N en el reinado de

Alfonso II (1211-1223), cerca del río Duero, para finalmente fijarse en Novais (Entre Douro e Minho), actual concelho de Famalicão.

Martim Fernandes Pimentel surgió como un personaje extraño a la región y a las redes de solidaridad interseñoriales del territorio. Oriundo de tierras distantes, de origen algo oscuro, sin señas de clivaje aristocráticas, a los ojos de los señores locales aparecía como un intruso a quien había que combatir y contener en sus ambiciones.

En el clima de inestabilidad monárquica que conoció Portugal en el segundo cuarto del siglo xm, se produjo un debilitamiento, extinción incluso de la vieja nobleza del siglo anterior, momento en que se crearon las condiciones para el surgimiento y ascensión de nuevas familias aristocráticas de origen modesto. Martim Fernandes Pimentel es un caso prototípico como lo comprueban su patrimonio fundiario y los poderes señoriales que ejercía a mediados del siglo XIII. Sólo la protección de la que llegaría a ser su mujer, Sancha Martins de Riba de Vizela y probablemente de su primer marido Gornçalo Rodrigues de Nomes, hacen entencibles la apropiación de tantos derechos señoriales en tierra ajena y la inquina de la nobleza de vieja cepa a este *parvenu* al que -según el *Livro de Linhagens*- la codicia le condujo al crimen de adulterio.

No sorprende, pues, que en el relato refundido del nobiliario del Conde de Barcelos sobre los Pimentel no se mencionen sus orígenes familiares, preteriendo el sobrenombre de Pimentel en favor del topónimo de localización de sus propiedades, Novais, nombre que nada tenía que ver con la estirpe homónima, procedente de Galicia y radicada en el Alto Miño. Sin embargo, los genealogistas posteriores, tanto portugueses como castellanos, se empeñaron interesadamente en confundirlas, entroncando en estos

Novais las raíces de los Pimentel, ambas sagas con amplias posesiones en Entre Douro e Minho, región muy señorializada y que pasaba por ser la cuna de la nobleza del reino portugués.

Si al principio Martim Fernandes llevó una existencia atribulada, su hijo Vasco Martins surge ya como un señor incontestable de la región, a pesar de la mancilla de la bastardía de la que no se libró en vida, y de la que 50 años después de su muerte todavía se hacía eco el Conde D. Pedro. Nacido algo antes de 1220 su herencia se fraguará a partir de los bienes dejados por su madre en los territorios de Riba de Vizela y Riba de Ave, al N del Duero, en el corazón de Entre Douro e Minho. Poco a poco, en dos generaciones, el origen de Martim Fernandes Pimentel se difuminaba sin dejar rastro, sobreponiéndose a él el patrimonio de su hijo, unos bienes que los hijos de Vasco Martins aumentaron considerablemente gracias unas veces a la frecuente usurpación de rentas y derechos reales, otras a costa de simples alodios si no practicando actos de rapiña que la protección regia tampoco supo garantizar.

La trayectoria señorial de nuestro hombre culminó en 1277 cuando fue nombrado merino mayor del reino por Alfonso III, cargo que ocupó incluso los dos primeros años del reinado de D. Dinis (1279-1281). La renovación de la Curia que, en una línea de reforzamiento del poder monárquico, tuvo lugar durante el gobierno del Boloñés, permitió la ascensión social a nuevos sectores de la nobleza, precisamente por la vía del desempeño de los principales oficios regios. En este contexto se entiende el acceso de Vasco Martins a merino mayor. Miembro de una nobleza secundaria, nacido de una relación ilícita y con fama poco abonada a la luz de los valores de la vieja aristocracia, gracias al ejercicio de este cargo pudo hacer frente a los despre-

cios de ésta y responder con contundencia a los que pretendían mellar su ascensión social y familiar.

En 1281, sin embargo, cayó en desgracia, posiblemente por apoyar al infante D. Alfonso, hermano y rival de D. Dinis, y en torno al cual se habían agrupado los elementos más próximos al viejo monarca Alfonso III. El enfrentamiento con el nuevo rey portugués le obligó a marchar a Castilla donde al servicio de Alfonso X muere junto a Córdoba en 1283.

De esta manera se cierra el primer exilio de un miembro del linaje Pimentel en el reino vecino. Pero casi simultáneamente arrancaba también un proceso de rehabilitación de la familia ante la corona portuguesa en la que jugó un papel esencial Esteváo Vasques Pimentel, hijo del segundo matrimonio de Vasco Martins, que fue prior de la Orden del Hospital. A pesar de las dificultades entre los hospitalarios y el Rey, a resultas de la herencia de los templarios, las relaciones entre D. Dinis y Esteváo Vasques concluyeron en una auténtica privanza de Pimentel que se convirtió en albacea del monarca.

Pero si algunos miembros de la familia accedieron a la directa protección real, otros conocieron grandes problemas para mantenerse en el estrato nobiliar. Así el propio hermano del prior del Hospital, Fernáo Vasques Pimentel cuyo voluble oportunismo político, en una época en que se multiplicaban los conflictos internobiliarios, le granjeó no sólo durísimas cantigas de escarnio de los trovadores sino una comprometida situación en su estatus personal.

En todo caso los primeros Pimentel tendieron a desligarse de su zona de implantación original para esparcirse por buena parte del territorio portugués, en virtud, unas veces, de la promoción nobiliar al servicio del rey o de un gran señor, otras veces gracias a las carreras religiosas o militares, cuando no aprovechando

ventajosas alianzas familiares o cualquier oportunidad que garantizase formas de enriquecimiento en una sociedad más dinámica que la de la centuria anterior.

En 1355, cuando se celebra en Évora el contrato matrimonial de Dña. María, hija del heredero de Alfonso IV, D. Pedro, y el Marqués de Tortosa, D. Fernando, hijo de Alfonso IV de Aragón, uno de los testigos es Rodrigo Afonso Pimentel, comendador de Mértola y Santiago, bisnieto del primer matrimonio de Vasco Martins e hijo a su vez de João Afonso Pimentel, nombrado alcaide del castillo de Braganza por D. Pedro cuando accedió al trono en 1357.

Será, sin embargo, en el reinado de D. Fernando cuando se consoliden los lazos entre los Pimentel y la corte a través de una estrecha red de parentescos cortesanos que culminarán en la figura de João Afonso Pimentel, nieto de su homónimo antedicho y que gracias a un estratégico matrimonio alcanzó una posición cimera entre la gran nobleza portuguesa. Casado con Joana Teles, medio hermana de la reina Leonor Teles, João Afonso consiguió del rey, su cuñado, la concesión de muchas mercedes y derechos en la región de Tras-os-Montes, bienes que contribuyeron decisivamente en la configuración de un fuerte poder señorial con centro en Braganza y que se prolongaba hasta la sierra del Maráo.

Este vínculo tan estrecho entre nuestro hombre y la familia real explica su presencia como testigo en los esponsales de la infanta Beatriz con Juan I de Castilla, jurados a continuación herederos de la corona portuguesa. Así se explica el apoyo de João Afonso al grupo legitimista, presidido por la reina Leonor Teles, frente a las pretensiones del Maestre de Avis en la crisis dinástica de 1383.

Pero no sólo el servicio directo al rey garantizaba la ascensión nobiliar. Durante la Edad Media los órdenes militares fueron acogiendo a muchos bastardos o

segundones de la nobleza que en ella buscaban una mejora social y económica. Tras la caída en desgracia de Vasco Martins y su marcha a Castilla, los Pimentel, ávidos de riqueza fundiaria y abandonados de la prodigalidad regia, encontraron en las órdenes, y en particular la del Hospital, la vía privilegiada para una nueva promoción social. Este es el caso de Esteváo Vasques Pimentel segundogénito del merino mayor de Alfonso III.

Para su entrada en la Orden hospitalaria fue decisiva la influencia de su cuñado, cuyo hermano era Gran Comendador de la misma Orden en Castilla. Y la elección no fue casual pues el Hospital era la Orden que poseía mayor número de señoríos en el NO, sobre todo en Entre Douro e Minho, justamente la zona de mayor implantación de los Pimentel.

Prior de la Orden entre 1306 y 1336, Esteváo Vasques se reveló como un vigoroso defensor del patrimonio de la Casa y un hábil negociador en aumentar sus rentas y derechos, ejerciendo siempre un activo apoyo al monarca de quien podría asegurar crecidas mercedes para su Orden y para sí mismo. Gracias a este celo, durante su priorato pudo construirse una nueva iglesia y una torre acastillada en la sede de los hospitalarios en Leja do Bailio donde el propio prior mandó erigir una capilla funeraria (Capela do Ferro) en la que está sepultado

Gran señor, nombrado en 1322 embajador de D. Dinis ante la Corte pontificia de Aviñón y ese mismo año testamentario del rey, Esteváo Vasques Pimentel contribuyó decisivamente a rehabilitar a su familia, a reforzar su peso en la corte y a multiplicar su patrimonio.

Su sobrino Álvaro Gonç;alves Pereira, que le sucedió en el priorato de la Orden fue el responsable de la colocación en la tapa lisa del túmulo de su antecesor de una lámina de bronce, todavía existente, que constituye una inflamada apología de nuestro prior. De la rica iconografía que

la engalana, plena de significado simbólico, nos interesa destacar sobre todo la presencia de las armas del finado, la cruz de los hospitalarios con cuatro veneras, primera constancia monumental (mediados del siglo XIV) de los emblemas de los Pimentel.

Fue también a Álvaro Gornalves Pereira, prior del Hospital y obispo de Braga, a quien se debió la ya citada refundición del *Livro de Linhagens* del Conde de Barcelos en 1360-1365 en la que se llevó a cabo una completa revisión del origen de los Pimentel. De esta manera los Pereira, ligados por distintos matrimonios con los Pimentel a través de varias generaciones, reconstruían un pasado enaltecedor que libraba de cualquier estigma a nuestra familia.

No sólo fue E. Vasques el único miembro de la stirpe que ocupó posiciones destacadas en las órdenes militares. Joao Rodrigues Pimentel, nieto de Vasco Martins por su segundo matrimonio, fue Maestre de Avis entre 1345 y 1351. Casado con una media hermana del ya citado obispo de Braga y sobrino de E. Vasques -lo que explica su fulgurante ascensión- erigió también una capilla funeraria para sí mismo y su mujer en la iglesia de San Pedro de Torres Novas donde aún se conserva su túmulo con una inscripción gótica y las cinco veneras de los Pimentel, garantía de la transmisión y difusión de la memoria del linaje.

Por fin, el ya citado Rodrigo Afonso Pimentel, hijo de Joao Afonso Pimentel y bisnieto del primer matrimonio de Vasco Martins, llegará asimismo a ser Comendador mayor de la Orden de Santiago. Antes de ingresar en ésta tuvo varios hijos con una dama cuyo primer nombre se desconoce; su primogénito será João Afonso Pimentel, primer Conde de Benavente.

Una vez vistos los orígenes del linaje, su base patrimonial y los modos institucionales de su afirmación social y políti-

ca, analiza Vasconcelos las formas de relación de los Pimentel entre sí o con otras familias detectando así las redes de solidaridad internas y externas que reforzaban los compromisos entre las familias nobles.

La primera historia personal es la de Martim Fernandes, pionero en llevar el sobrenombre de Pimentel y cuya trayectoria puede resumirse en la de un advenedizo de oscura familia emigrado al N, corazón del país señorial, donde hubo que soportar la malquerencia de la nobleza local que lo consideraba un intruso. Así las cosas hasta que entró al servicio de Sancha Martins de Riba de Vizela, señora de agitada vida conyugal y miembro de la más encumbrada aristocracia norteña. Con ella mantendría M. Fernandes una relación adultera antes de casarse y tener varios hijos. Gracias a este matrimonio nuestro hombre alcanzaría una posición destacada, situación irregular que critica el *Livro de Linhagens* y cuyo estigma recaerá sobre su hijo Vasco Martins.

Será éste el fundador del linaje según los nobiliarios, que omiten a su padre. De sus dos enlaces destaca el segundo con María Gornalves Portocarreiro, una de las familias de mayor alcurnia en la corte de Alfonso III, merced a la cual Pimentel llegaría a ser merino mayor del reino. De los dos matrimonios y once hijos surgen dos ramas de Pimentel que urden, conscientemente o no, una auténtica estrategia matrimonial de la que procede un denso entramado interfamiliar con la aristocracia cortesana pero también con la pequeña y media nobleza rural.

De los tres hijos del primer matrimonio fue el segundogénito Afonso Vasques quien transmitió el nombre de familia a sus descendientes. Casado con Sancha Fernandes Pintalha tuvo tres vástagos, Urraca Vasques y dos varones, Rodrigo Afonso y Joao Afonso, que casaron respectivamente con dos hermanas de la

casa de Morais, ligada a la ciudad de Braganza donde, a principios del siglo XIV, su padre era alcalde mayor de la ciudad.

El matrimonio de J. Afonso, padre a su vez del susodicho Rodrigo Afonso Pimentel, comendador de la Orden de Santiago, se acompañó del cambio de residencia de nuestro caballero hacia la región transmontana beneficiándose de la influencia local de su suegro. Eso explica que el rey D. Pedro le concediese el castillo de la ciudad de Braganza en 1357 como representante regio. Años más tarde su nieto homónimo J. Afonso Pimentel II recibirá de su cuñado el rey D. Fernando la ciudad, símbolo del paso de una nobleza de provincia a una cortesana.

Los matrimonios, pues, de los dos Pimentel con las dos Morais hay que situarlos dentro de un proceso que duró tres generaciones a lo largo del Trescientos y que culminaría en la aludida donación de D. Fernando. Apartados de Entre Douro e Minho, cuna del linaje, menos poblado y con más ténue presencia señorial el NE transmontano constituía aún durante el siglo XIV un área de atracción para aquellos miembros de la nobleza como los Pimentel que pretendían una mayor implantación como medio de ascender en la escala jerárquica. No sólo eso, más allá de las limitaciones del mundo rural, la ciudad era el marco de nuevos recursos económicos, especialmente monetarios, muy por encima de los que podía obtener la nobleza de provincia.

En el cuadro de las estrategias familiares que tornaron posible el encumbramiento de los Pimentel, asume un papel destacado el vínculo con los Pereira que arranca del matrimonio de Urraca Vasques con Gornalo Pers Pereira y se mantuvo a lo largo de tres generaciones alcanzando el grado de auténtica endogamia, a pesar de las prohibiciones de la Iglesia en materia de parentesco.

Esta red de solidariedades cristalizó en el control familiar de la Orden del Hospital, en el ámbito de la cual se desarrolló en buena medida el prestigio de ambas familias. Fue además debido a este parentesco -como hemos señalado repetidamente- que llegó a ser corregida, incluso reconstruida la memoria nobiliar de los Pimentel registrada en el *Livro de Linhagens* del conde D. Pedro, profundamente alterada en la refundición de los años 1360-1365. No sólo se limpiaba entonces del estigma de bastardía a Vasco Martins sino que a través de los Riba de Vizela maternos se remontaba su *pedigree* hasta los grandes señores de Maia.

No contentos con esta rehabilitación, por iniciativa asimismo de los Pereira, la apología de los Pimentel culminó en la lápida funeraria de Lesa do Bailio, puntos ambos de inflexión en el registro memorial de nuestro linaje.

Una vez establecidas las pautas y consecuencias de esta red de estrategias familiares, que a la altura de la segunda mitad del siglo XIV han esparcido el nombre Pimentel por todo el país, es el momento de estudiar la estructura del linaje, la sangre y el nombre que a la postre se resumen en las armas o emblemas heráldicos.

Señala Vasconcelos que el criterio esencial en la sociedad plenomedieval portuguesa para la definición de un linaje noble es la existencia de un antepasado masculino común al que remontan todas las líneas sucesorias, habitualmente asociado a un nombre identificador o *apelido*, en nuestro caso Pimentel. No es todo, sin embargo, tan sencillo como parece pues aunque las relaciones agnáticas, verticales, empezaron a generalizarse en la segunda mitad del siglo XII, no fueron siempre estrictas coexistiendo con otras cognáticas, horizontales, más amplias.

De hecho en las generaciones de hijos y nietos de Vasco Martins Pimentel los primogénitos no desempeñaron un papel

decisivo para la consolidación del linaje que recayó en los herederos más jóvenes. Por otra parte, 35 años después de la muerte de aquel (1318) la partición de su patrimonio dispersó entre sus descendientes una fortuna acumulada por el propio Vasco y su padre Martim Fernandes en el siglo XIII. De tal manera que en la centuria siguiente los Pimentel, esparcidos por varias zonas del país, deberán reconstruir nuevos núcleos de propiedad e intereses señoriales.

Por fin el papel desempeñado por las mujeres tampoco resultó marginal o secundario en la evolución y ascensión social de la estirpe. Todo lo contrario, baste recordar a Sancha Martins de Riba de Vizela, esposa de Martim Fernandes Pimentel y madre de Vasco Martins o, en el otro extremo cronológico, a Joana Teles, media hermana de la reina Leonor Teles, que casó con Joao Afonso Pimentel, futuro Conde de Benavente, por no hablar de otras ricadueñas que sellaron la alianza con los Resende y los Pereira.

En cuanto al nombre, era éste el componente de la identidad familiar que definía a los consanguíneos como grupo dotado de características propias delante de sus miembros y hacia el exterior. La transmisión del nombre de familia, convertido en *apelido*, era una parte fundamental del capital simbólico de la nobleza en el cual se concentraba la memoria de cada linaje. El nombre Pimentel tuvo su origen en un mote, sobrenombre o *cognomen*, como era frecuente en muchas familias de la nobleza europea medieval. En algunos documentos del siglo XIII así se denomina a varios miembros del linaje después del nombre de bautismo y el patronímico Vasco Martins Pimentel, por ejemplo. Según la tradición, de origen incierta, sería éste, presunto fundador del linaje, el primero en llevarlo, debido a su temperamento irascible que le hacía "*quemar como pimienta*", lo que, en parte, se acomoda con las

repetidas alusiones a actos violentos cometidos por nuestro hombre al decir del *Livro de Linhagens*.

Sin embargo el nombre Pimentel era ya aplicado a su padre, Martim Fernandes, cuyo comportamiento se vio igualmente implicado en situaciones turbulentas y conflictivas. En cualquier caso, dicho *cognomen* individual se transformó en un epónimo familiar que, a diferencia de lo que ocurría con los linajes de fuerte implantación territorial, no se formó a partir de un topónimo, lo que denuncia la baja condición nobiliar de Martim Fernandes. Sería, pues, Pimentel el distintivo, basado en un rasgo caracterial, de un noble que, como otros ejemplos portugueses de la época, habría hecho fortuna en un corto periodo de tiempo y a través de medios considerados poco edificantes. Sólo la ascensión político-nobiliar de su hijo Vasco Martins explicaría la transformación del mote en nombre del linaje, independientemente de cualquier raíz solariega.

Además o antes que el propio nombre de familia, el nombre propio o personal asumía un papel determinante en la definición colectiva del linaje. De ahí la repetición de ciertos nombres a lo largo de generaciones, reflejo de una especie de apropiación de los mismos por parte de la estirpe, patrimonio simbólico que expresaba la memoria y conciencia familiares. La reiteración reencarnaba y revitalizaba la imagen y el valor del que se consideraba el jefe del linaje, definiendo la voluntad de continua y perpetua renovación de la estirpe.

Son los Martim y Vasco de los primogénitos de las primeras tres o cuatro generaciones de Pimenteles portugueses, o Joao, nombre asimismo recurrente que, por razones desconocidas, vino a sustituir a aquellos a partir de la segunda generación de los descendientes de Vasco Martins, y que fue el nombre de pila también del primer Conde de Benavente. Entre

éstos predominaron en el siglo XV los Rodrigos y Alonsos que, sin ser inéditos en el linaje, ganarán una primacía hasta entonces desconocida.

Así pues, el nombre en sus distintas materializaciones, de bautismo, patronímico o *apelido*, remitía a una tradición, a una sangre que forjaba la identidad y solidaridad de los miembros proyectando de forma totémica la cohesión del grupo en el conjunto social.

Junto al nombre, las armas, signos parlantes de la estirpe, generalizados y transmitidos hereditariamente durante el siglo XIII y principios del XIV. Las únicas y más antiguas armas de los Pimentel portugueses se encuentran, como ya se señaló más arriba, en dos monumentos funerarios de mediados del siglo XIV y en ambos figura la venera como emblema. En la lámina de bronce del prior del Hospital Estéváo Vasques el escudo aparece cuartelado por la cruz de la Orden que flanquean cuatro veneras, la quinta posiblemente sustituida por la cruz hospitalaria; en el túmulo de João Rodrigues y su mujer, cinco conchas en sotuer, como será habitual en las armas de los Benavente.

Es muy probable que la concha, mueble de estirpe jacobea apropiada por los Pimentel, se orientase no sólo a procurar la protección del santo sino a subrayar la idea de una pretendida ascendencia gallega del linaje encarnada en los Novais. Esto es, evocar una Galicia primordial de sacras resonancias que legitimase y dignificase al grupo familiar a la luz de los viejos y tradicionales patrones aristocráticos.

El último capítulo del libro lo dedica Vasconcelos a la figura -entre Portugal y Castilla- de João Afonso Pimentel, primer Conde de Benavente, quien, merced a su casamiento con una hermana de la reina Leonor Teles, se convirtió en uno de los nobles de mayor ascendiente en los años finales de D. Fernando y el crítico periodo posterior.

A la muerte de éste, Pimentel tomó partido por Juan I de Castilla en la crisis sucesoria de 1383. Casado con Dña. Beatriz, hija de D. Fernando y Leonor Teles, su cuñada y protectora y a quien en larga medida debía su condición y poder, la opción legitimista de João Afonso parecía la más razonable. Pero en este posicionamiento -que, por otra parte, no fue general en el linaje- tampoco sería ajeno el que Tras-os-Montes, territorio donde gozaba de una fuerte implantación territorial, fuese uno de los reductos de oposición al partido del Maestre de Avis. Cuando éste fue elegido monarca en las Cortes de Coimbra de 1385 desposeyó inmediatamente a Pimentel de las tierras y mercedes que recibiera de D. Fernando.

Parece que João Afonso no participó en Aljubarrota (14/VIII/1385), permaneciendo en Braganza, plaza que mantuvo del lado del Trastámara. Y así hasta principios de 1386, momento en que decidida la victoria del lado de Juan I de Avis, le entregó la ciudad no sin antes asegurar del nuevo monarca portugués el señorío de la ciudad transmontana y la recuperación de las tierras y jurisdicciones confiscadas.

Este cambio de bando implicó la participación de Pimentel en campañas militares en 1387 por tierras de León, lo que le valieron nuevas mercedes del monarca. Fue nuestro hombre, incluso, uno de los nobles que en nombre del rey de Portugal firmó las treguas con Castilla en 1393 entregando a su hijo Rodrigo Afonso Pimentel como rehén para garantizar el cumplimiento de las mismas.

Las tornas cambiaron a partir de 1398 cuando un grupo de nobles portugueses, entre los que se encontraban los Pacheco, Cunha, Coelho y el propio João Afonso Pimentel, se instalaron en Castilla. Las causas arrancaban de años atrás, con el cambio de política de Juan I hacia la aristocracia. Frente a la prodigalidad de los primeros años destinada a mantener apo-

yos en el seno de la misma, a partir de 1393, el nuevo monarca siguió una política de autoridad que dañaba claramente los intereses de los grandes señores. Entre ellos, Joao Afonso que además vio mermados sus poderes en la misma Braganza por decisión del rey que apoyó las quejas del concejo contra los agravios de Pimentel, una situación muy similar a la que volvería a producirse en Benavente cuatro años después.

Así las cosas no fue necesario el presunto despecho del futuro Conde de Benavente, al haber quedado sin castigo la muerte de su hija a manos de su marido, un noble de segunda fila, para enemistarse de nuevo con el rey del que tampoco nunca había sido un incondicional.

La reanudación de hostilidades entre Castilla y Portugal en 1396 constituyó la ocasión para múltiples realineamientos en el seno de la nobleza, algunos de cuyos miembros, entre ellos Pimentel, se pasaron al lado castellano. No sin antes haber negociado con Enrique III las condiciones de su apoyo: la entrega "*para siempre jamás*" de la ciudad de Benavente -de la que era nombrado conde- su castillo y su término. El monarca castellano le donaba además Braganza y Viñais, lo que demuestra, a pesar de encontrarse en Castilla, que Pimentel no pretendía abdicar de aquellas plazas. El acuerdo hay que inscribirlo en el cambio de las reclamaciones dinásticas de Castilla hacia Portugal, ahora apoyando al infante D. Dinis, hijo de D. Pedro e Inés de Castro que, en caso de convertirse en rey, concedería a J. Afonso Pimentel Braganza y Viñais a perpetuidad.

La ruptura con Juan I fue, en esta ocasión, irreversible confiscándole todos sus bienes y propiedades. Aún así, la ciudad transmontana permaneció varios años en manos castellanas, detentada por Pimentel que dilató una y otra vez su entrega hasta 1403, sólo cuando en contrapartida aseguró de Enrique III nuevas mercedes.

Lo que sobresale de la poscrón de nuestro noble no es su adhesión a la causa de los reyes portugueses o castellanos, sino la reiterada defensa de sus objetivos de gran señor, localícese el centro de sus dominios en Braganza o Benavente. Lo que le movía no eran ni sentimientos nacionales, ni siquiera de fidelidad, sino una sólida lógica señorial de defensa y ampliación de sus poderes territoriales y jurisdiccionales.

De raza le venía al conde.

FERNANDO REGUERAS GRANDE